

## COMUNIDADES COMPASIVAS IMPREGNADAS DE DIGNA RABIA

Manuel de Jesús Corral Corral

En el Coloquio "Filosofar nuestroamericano: Memoria, violencia y acción emancipatoria", presenté la ponencia titulada "Cultivar nuestro jardín con utopías concretas". De las intervenciones y preguntas que mereció la ponencia por parte del público extraje, en reafirmación de lo que ya sabía, al menos dos enseñanzas: humildad y riqueza del trabajo en equipo. Lo primero porque hay que aceptar que lo que uno dice es siempre limitado. Lo segundo porque esa limitación puede ser subsanada, al menos en parte, si se confronta con lo que otros tienen que decir. Abordo aquí dos cuestiones que surgieron de esas intervenciones del público.

1. No hay comunicación sin comunidad ni comunidad sin comunicación. Afirmación válida, aunque heterodoxa en el contexto de la ortodoxia del sistema global neoliberal basado en el mercado. Sus políticas privatizadoras privatizan también la comunidad al exaltar hasta la náusea el individualismo. Pero ojo. No se trata de negar el valor de la individualidad, como afirmación valiosa de la modernidad, sino de su radical deformación en aras de cambiar las reglas de las relaciones sociales por un burdo individualismo desde el que se considera al ser humano como un objeto fácilmente manipulable. En ese sentido se debe afirmar que no hay comunidad sin individuos que, con conciencia de su responsabilidad hacia el 'otro', se consideran a sí mismos como sujetos. Y si es así, todo individuo ha de situarse dentro de la comunidad y no por encima de ella. Pero tampoco la comunidad ha de aplastar al individuo impidiéndole el despliegue de sus potencialidades, sino servirle de espacio para su plena realización.

En el contexto actual de la sociedad de mercado, donde todo es vendible e hipotecable, el individuo puede pasar sus horas, días, meses y años sin referencia alguna a la comunidad. Ésta ha sido anulada e hipotecada por la forma de vida que le impone, por distintas vías, el modelo social hegemónico. Modelo que deja, sin embargo, algunos huecos por los que pueden colarse experiencias alternativas, si bien subalternas, de vida comunitaria. Son experiencias que surgen desde abajo para contrarrestar los efectos perniciosos que generan individuos o instituciones que han logrado situarse por encima de la comunidad y dictan sus órdenes desde arriba. Experiencias alternativas de diversos signos ideológicos y campos de acción, y conformadas como red: comercio justo, salud, educomunicación, derechos humanos, ecología, educación ambiental, pacifismo, feminismo, seguridad, libertad de expresión. Pueden citarse sólo tres ejemplos que vienen a la mente:

- las experiencias de comercio justo que surgen por doquier para propiciar el intercambio justo de productos agroalimentarios.
- La Cooperativa Central de Servicios Sociales del Estado Lara que, con base en la ciudad de Barquisimeto, Venezuela, ha logrado formar una amplia red de 60 comunidades dedicadas a la atención integral de sus miembros: salud, transporte, ahorro, producción agrícola, agroindustria en pequeña escala, etc.
- Las Guardias Comunitarias, experiencia que surgen del arraigo del sentido comunitario, comunidad entendida como un valor, de pueblos originarios de México en los estados de

Chiapas, Oaxaca, Guerrero, entre otros, para proporcionar a las comunidades la seguridad que el Estado no les garantiza.

Este tipo de experiencias surgen y se refuerzan no de la nostalgia de la comunidad perdida, sino de la vivencia de la misma a partir de lazos y relaciones de amistad. Vivencias por cierto de lo más variadas dado que se trata de comunidades no al modo tradicional, que ya no existen, en las que el individuo era aplastado por la comunidad, sino de comunidades libremente elegidas por individuos que se saben y se asumen como responsables los unos de los otros en razón de su pertenencia al género humano. Aun las culturas más tradicionales, como las de los pueblos originarios de América y África, por ejemplo, en las que el sentido comunitario está fuertemente arraigado, han sabido incorporar elementos de la modernidad, sin renunciar a ese valor ancestral.

Rescatada y vivida así la comunidad, como entidad relativamente autónoma una de otra, abierta y en acción, propicia la vivencia de la fraternidad. Y, a partir de ella, florecen y se despliegan en su interior frescos y espontáneos procesos y relaciones de comunicación signadas por el diálogo, la simetría y la libertad. Esas comunidades no son el edén, porque en ellas subsisten las contradicciones. Pero éstas se enfrentan, y se busca resolverlas, no a golpes y sombreroazos, sino por el instrumento que mejor expresa el carácter racional de sus integrantes: la palabra, es decir, mediante la comunicación verbal y no verbal.

Más aún, en esas comunidades libremente elegidas está presente no sólo el elemento racional. Son también comunidades de sentimientos. En ellas ocupan un lugar central la simpatía y la compasión entre sus integrantes. Y eso brinda un campo propicio para conjuntar la igualdad y la diferencia de los sujetos. Se atisba con ello un mundo cualitativamente diferente en el que los sujetos van abriendo camino a la coexistencia de la diversidad tanto de pensamientos (convicciones) como de los sentimientos (afectos) de los sujetos. Anuncio, pues, de un mundo, parafraseando a los zapatistas, donde quepan muchos mundos de pensamiento y de sentimientos.

2. Y esto no es sólo un ejercicio de la imaginación, “la loca de la casa”, diría Teresa de Ávila, volcada hacia el futuro. La imaginación será siempre necesaria, aunque no suficiente si no tiene arraigo en los hechos que ponen a prueba su validez. A pesar y por encima de una realidad tan atosigante como la que sufre y padece la sociedad actual, los sujetos que cobran conciencia de sus responsabilidades hacia el otro’, se arman de lo que los zapatistas han denominado *digna rabia*. Digna rabia entendida como la capacidad de indignación moral ante lo malamente existente. Pero no sólo para ofrecer resistencia a esa realidad atosigante, sino también para actuar en busca de caminos de justicia y libertad en defensa de la autonomía de los sujetos individuales y de la misma comunidad. Imaginación que apunta, por tanto, a una sociedad en la que no haya siervos buenos y siervos malos, sino una sociedad sin siervos, es decir, una sociedad de hermanos. Sociedad en la que, por respeto a la dignidad humana, no tengan cabida el odio y la venganza, ni aun a los verdugos, sino la justicia.

Es preciso trabajar, entonces, por una sociedad articulada por comunidades compasivas. Compasión entendida no como lástima, porque ésta siempre lastima, sino como la capacidad de reacción positiva ante las situaciones favorables o desfavorables del otro, que es tanto

como decir: ponerse en los zapatos del otro. Pero comunidades compasivas impregnadas de digna. Digna rabia, entendida como la capacidad de resistencia, rechazo y propuesta de acción contra lo malamente existente y en defensa de la dignidad de las personas y de la naturaleza, con miras a crear una sociedad cualitativamente diferente.

Vista así, la sociedad imaginada podría ir recuperando rasgos comunitarios favorables para el necesario crecimiento y desarrollo de sus integrantes. ¿Será posible llegar a ella? En la sociedad actual exige la realización de un cambio cuasi-copernicano en la vida de los sujetos. ¿Por dónde empezar a caminar hacia esa meta? Tres objetos de aprendizaje aparecen como exigencias iniciales:

- Aprender a vivir con todo el cerebro: pensa-sentir como adultos responsables los unos de los otros. Pensa-sentir que implica, a su vez, hacerse como niños para vivir con imaginación, espontaneidad, creatividad y frescura en las cotidianas relaciones interhumanas y con la naturaleza. Pensa-sentimientos, razones y emociones, compartidos para atraerse mutuamente y domesticarse unos a otros en el sentido de crear ligaduras, como lo entendía la zorra en El Principito. Amistad, por cierto, sazónada con el humor, como señala Ginette Paris. Estar con amigos cercanos para excursionar por un territorio extraño al del yo y ampliar así el panorama. Crear ligaduras, para relaciones duraderas de amistad, y no para competir y tratar de convencer al otro por la fuerza. Aprender entonces a compartir para hacer posible la gratuidad.
- Aprender a pensar críticamente sobre las condiciones de vida, objetivas y subjetivas, en la actual sociedad globalizada. No para dejarla tal cual, sino para transformarla de raíz en busca de la humanización de las relaciones sociales. Transformación de raíz que ha de empezar en el espacio privado del *mundo interior*, que a decir del uruguayo José Enrique Rodó, es “lo más delicado del espíritu humano”, de los sujetos mismos, al tiempo que asumen su tarea de transformar, con su participación, el espacio público. Recuperar para ello lo que Rudolph Bahro denominaba la *conciencia excedente*, es decir, aquella energía que, como reserva moral, escapa a las limitaciones o deformaciones de cualquier tipo de trabajo, en contraposición a la *conciencia absorbida*, entendida como la cantidad de energía consumida en la reproducción rutinaria de la vida cotidiana, asumida por el grueso de la masa.
- Aprender a ver la vida, y las necesidades de que está hecha, como *proyecto*, en el entendido de que la vida no se es, sino que se está haciendo. Avanzar en esa dirección implica por fuerza cuestionar permanentemente las acciones propias y dejarse cuestionar por el ‘otro’. En atención a las demandas de la sociedad, para enrumbarla hacia una comunidad compasiva, y de la naturaleza, ahora tan castigada por la acción humana, se ha de vivir en la exigencia permanente de dar más de sí para llegar a ser más, es decir, humano-humano.

Esa sociedad desiderativa e imaginada, imaginada como comunidad compasiva impregnada de digna rabia ¿es posible, aun en medio de contradicciones internas y agresiones externas? No, ciertamente, si no se toman en cuenta, como punto de partida, estos tres aprendizajes; pero lo será, aun en medio de las contradicciones internas y las agresiones externas, si se les

considera como punto de partida y se persevera en ello. En cualquier situación, pero más todavía en las condiciones actuales, ello implica ciertamente ir contracorriente. ¿Qué hacer entonces para no caer en el desaliento? El cúmulo de experiencias alternativas de vida abre, a pesar de las limitaciones que en ellas se adviertan, una ventana a la esperanza. Pero se trata de una esperanza activa y abierta al futuro. Esperanza que ha de ir acompañada, como decía Paul Claudel, de su hermana menor, la paciencia.

De lo que aquí planteado, se trata, por consiguiente, de una ética eco-humanista y de una utopía radical. Es preciso rescatar el deber ser: lo que hoy no es, no sólo puede ser mañana, sino que debe ser. En el interim los individuos constituidos en sujetos han de atreverse a vivir en *presente progresivo* y *como si*.